



MONTEJURRA

(Fot. y texto de «Pakol»)

MONTEJURRA

Apenas hemos dejado atrás los incontables monumentos de la ciudad de Estella, cuando arribamos a las puertas del famoso Monasterio de Irache.

Ante nosotros, la oscura silueta del Montejurra, dominando toda la Merindad estellesa del antiguo Reino de Navarra, aparece cubierto de verdinegra vegetación.

Destinado a recordar nuestras tristes luchas fratricidas, parece comprender su cometido, ya que su aspecto es marcadamente triste, si bien es verdad que su crestería cimera le da también aires de bravo e invicto...

Ascendiendo por el camino de las Cruces, que a fuerza de zig-zag se abre paso por el inclinado chaparral, saldremos al collado de Arellano, dando vista a los pueblos de la parte baja de la merindad, que se esparcen en la inmensidad de aquellos pardos y ricos campos.

Alcanzada la primera de sus tres cimas, nos recibe la ermita de San Ciprián, a la que se halla adosado un pequeño albergue abierto. Cerca de aquí y donde comienza la barrancada septentrional, quedan algunos de los avellanos que en otro tiempo cubrían el Montejurra —el entonces «Urra-mendi», al parecer— hoy dominado por chaparros y bojés.

Unos minutos más y la cumbre central, la más elevada, de tan reducida superficie que casi toda ella la ocupa un metálico buzón montañoero. Separada por un corte rocoso y unida por un sendero que lo rodea, la tercera cota es identificada por los restos de un fortín.

Si por este lado y cara al norte emprendemos el regreso, observaremos el más huraño de los aspectos de este monte. Un conglomerado de rocas que caen hacia la torrentera, oculta sus peligrosas grietas bajo el bojedal.

Mirando hacia Lokiz y Urbasa —y esto aquí es privilegio del montañoero de la foto— veremos cómo el hermoso valle del Urederra se abre en abanico hacia el Ega. Y cómo las aguas del Ega, tras destellar en choperas, se esconden entre las joyas de piedra de la románica Stella, de la euskeldun Lizarra.